

La sicilianización de América

Marcos Cueva Perus*

RESUMEN: El presente artículo analiza el narcotráfico en América Latina desde una perspectiva social y cultural. Destaca las peculiaridades de los narcotraficantes y sus vínculos con las oligarquías locales y con un Estado que, desde la década de 1980, fue incapaz de garantizar la seguridad ciudadana por su carácter anómico. Se pone el acento en las similitudes entre el narcotráfico en América Latina y las características que con el tiempo fue asumiendo la mafia en Sicilia, a partir de diversas investigaciones sobre el tema. En particular, las similitudes pasan por la reivindicación de una idiosincrasia, el desprecio del Estado, el apego a la tierra y la formación de lo que se conoce como “amistad instrumental”. Para concluir, se indica cómo el narcotráfico ha corroído la moral colectiva latinoamericana.

ABSTRACT: This article analyzes the drug trafficking in Latin America from a cultural and social perspective. It underlines the peculiarities of drug trafficking and their links to the local oligarchy and with a State that, since the decade of 1980, was unable to guarantee the citizens' security because it's “anomic” character. It emphasizes, through several researches on this subject, that there are similarities between Latin America's drug dealers and the characteristics that, in time, Sicily's mafia acquired. Specifically, similarities go through a reivindication of an idiosyncrasy, the disregard of the State, the attachment to the land, and the development of what is known as “instrumental friendship”. Finally, it shows how drug traffic has corroded Latin America's collective moral.

Palabras clave: América Latina, narcotráfico, cultura, Estado, anomia, Sicilia, decadencia.

Key words: Latin America, drug traffic, culture, state, “anomy”, Sicily, decadence.

* Doctor en economía internacional por la Universidad Pierre Mendès-France, Grenoble; investigador del Instituto de Investigaciones Sociales.

El narcotráfico no es un fenómeno exclusivamente latinoamericano y caribeño. El poderío de los narcotraficantes desafía estados enteros, forma alianzas internacionales insospechadas, suele moverse a su antojo por el planeta y genera ganancias exorbitantes, por las facilidades financieras que encuentra. Nada de esto se pone en duda, pero un análisis demasiado general puede perder de vista que la mafia encuentra en las relaciones sociales locales condiciones propicias para enquistarse. Como lo hemos venido planteando en una investigación más amplia sobre la violencia en América Latina y el Caribe,¹ el crimen organizado constituye una especie de “zona gris” de difícil estudio: desafortunadamente, es poco lo que se gana culpando de entrada al exterior por el fenómeno; no es algo por completo ajeno al entorno social —e incluso cultural— de América Latina y el Caribe.

El narcotráfico ha perdido cierta fuerza en América Latina y el Caribe, tras haber alcanzado un punto culminante durante los años ochenta del siglo pasado, sobre todo en Colombia. Aunque el subcontinente no es el único productor y exportador de droga en el mundo (si se considera la producción asiática), tiene singularidades nacionales que han facilitado el involucramiento de cada país en el fenómeno. Aquí nos ocuparemos fundamentalmente de los tres países que en las últimas décadas se han visto envueltos en la producción y el procesamiento de cocaína (Bolivia, Perú y Colombia).

Tampoco es casual que el fenómeno haya alcanzado su punto culminante en los años ochenta del siglo xx. Fueron los más duros por el “neoliberalismo” y por el achicamiento del Estado, pero también por un “desfonde” de clases que modificó las formas de *movilidad social*. Canceladas por la crisis y las crecientes desigualdades ciertas modalidades de movilidad social que tenían su origen en la segunda posguerra del siglo xx, el narcotráfico, la delincuencia y el crimen organizado llegaron a proponer otras. Ha dicho Leonardo Sciascia que la “sicilianización del mundo” consiste en una pérdida progresiva del valor de las ideas ante el surgimiento arrollador de los intereses particulares (Campbell, 2004: 237). Es altamente probable que el neoliberalismo y el achicamiento del Estado hayan favorecido esta “sicilianización” en el subcontinente, al debilitar el interés general y común

¹ En particular, en una investigación sobre los orígenes y los contextos culturales de la violencia en América Latina y el Caribe, y sobre su carácter altamente “entrópico” en una sociedad disgregada en “archipiélagos”.

—en medio de privatizaciones sin precedentes— y multiplicar los intereses particulares más recalcitrantes.

El narcotráfico encontró en América Latina y el Caribe tres condiciones endógenas para prosperar: una estructura social específica, muy próxima de la siciliana, aunque el modo de operar de mafiosos y narcotraficantes pueda ser distinto para algunos autores (Krauthausen y Sarmiento, 1993); un periodo de cambios sociales acelerados que modificaron las representaciones y las prácticas de la movilidad social; y estados nacionales que, por distintas razones, no habían completado la tarea de la integración geográfica.

El carácter endógeno del narcotráfico en América Latina y el Caribe en nada exculpa al mundo de los consumidores (y, con frecuencia, de los principales beneficiarios) que se encuentra en los centros del planeta, y de manera muy particular en Estados Unidos. Desde la segunda guerra mundial, los estadounidenses, encargados de la administración militar aliada, habían llegado a las costas sicilianas con listas en los bolsillos de personas de confianza —casi todas ellas mafiosas— a las que asignaron de inmediato puestos de responsabilidad para la reconstrucción (Sciascia, 1991: 50); los mismos estadounidenses fomentaron cierto separatismo político que soñaba con hacer de Sicilia “una estrella más de la Unión Americana”, hasta que los mafiosos se convencieron de que Washington no tenía un interés real en crear una entidad autónoma dependiente de Estados Unidos, y pasaron del protectorado norteamericano al democristiano italiano (Sciascia, 1991: 52). En todo caso, la mafia había echado sus raíces desde temprano en Estados Unidos, con la participación de inmigrantes de origen siciliano, sobre todo a principios del siglo xx. Con sus “pequeñas Italías”, pronto encontraron el modo de controlar numerosas actividades ilícitas en las grandes ciudades (Nueva York, Chicago): el juego, la prostitución y las loterías, el aprovechamiento de la Prohibición que hizo la fama de Al Capone en los años veinte, el comercio (redes de pizzerías) y los negocios del transporte y portuarios (sindicatos incluidos), la construcción y los bancos, y finalmente el tráfico de estupefacientes. Con el paso del tiempo, la mafia adquirió en Estados Unidos un marcado sesgo étnico e “identitario”: mafias negras (afroamericanas), puertorriqueñas, cubanas, mexicanas y judías, pero también caldeoárabes, chinas, hindúes y japonesas, especializadas por estados de la Unión y por actividades (Betancourt y García, 1994: 9-29). Es sólo recientemente que el fenómeno de las mafias

—con sus *bosses* y *gángsters*— ha sido estudiado con mayor detalle en América Latina (Santana, 2004; Boville Luca de Tena, 2000).

El debate bien puede volverse estéril si es que simplemente devuelve la culpa a los consumidores y encuentra justificaciones para los productores; ciertamente, la coca se usaba en tiempos precolombinos para fines ceremoniales, ¡pero fueron los españoles quienes propagaron su uso para que los indios aguantaran condiciones de trabajo extenuantes en las minas del Potosí! (Tovar Pinzón, 1994: 89-90). Resulta difícil negar que el narcotráfico se incrustó en una forma peculiar de *inconsciencia* de las sociedades latinoamericanas y caribeñas. Es sobre el carácter patológico —y atávico— de esta *inconsciencia* (de alcances culturales) que cerraremos la presente exposición.

DESDE LOS MÁRGENES

En los países andinos (Bolivia y Perú), las regiones donde, durante las últimas décadas, aumentó la producción y el transporte de coca habían ocupado por largo tiempo un lugar marginal en la geografía nacional. La economía y la sociedad bolivianas se rigieron durante décadas —incluso durante centurias, desde el esplendor colonial de Potosí— por la producción minera, que habría de irse finalmente a pique con la crisis de los años ochenta del siglo pasado. El Estado boliviano se achicó en medio de las privatizaciones en la minería y el peso creciente de la economía subterránea. Desde un poco antes (años setenta del siglo xx), los regímenes militares se habían lanzado a la conquista de nuevos espacios de colonización en el oriente boliviano, donde adjudicaron tierras a terratenientes que harían de ellas un uso más que sospechoso. Desde los yungas paceños hasta el Chapare cercano a Cochabamba y la región cruceña, buena parte de la economía boliviana pasó a reorientarse hacia el cultivo de coca (apenas incipiente en los años cincuenta del siglo xx) y su exportación por una Amazonia de difícil acceso. Si en el pasado desde Madeira se enca-minaba el látex hacia Manaus, en Brasil, la región nordeste de Bolivia se llenó desde los años setenta y ochenta del siglo pasado de centenares de aeropuertos más o menos clandestinos para el envío de droga hacia Colombia. Ésta se encuentra más cerca del Beni o de Pando, en el nordeste boliviano, que la frontera argentina en el Sur (Bataillon, Deler y Théry, 1991: 301, 307-310).

Esta región nordeste tuvo alguna vez cierto esplendor con las misiones jesuitas de Moxos y con los ciclos económicos del látex —ya mencionado— y la quinquina. Aunque debían convertirse en un espacio enorme para la ganadería extensiva, los ranchos pronto se volvieron una cobertura para el cultivo de droga. Por otra parte, terminó por descubrirse que el Parque Nacional Huanchaca también servía de refugio para los narcotraficantes, que podían escapar si era preciso hacia zonas selváticas (Labrousse, 1993: 364). Para Hugo Rodas Morales, como para Labrousse, los narcotraficantes bolivianos (jóvenes que no llegaban a los 35 años de edad) tuvieron la capacidad de insertarse rápidamente —mediante inversiones y matrimonios de conveniencia— en la burguesía tradicional, cruceña en particular (Labrousse, 1993: 369), que no perdió sus rasgos señoriales de casta ni su representación darwinista de la sociedad, como tampoco perdió su admiración por lo extranjero ni su capacidad para garantizar —incluso mediante golpes de Estado militares— la protección gubernamental (Rodas Morales, 1996: 54). Esta casta señorial, como el gobierno boliviano, mantuvo un doble discurso sobre el problema del narcotráfico:

por un lado, por parte de las autoridades se hace todo lo posible para aparecer ante la comunidad de naciones, sobre todo Estados Unidos, como enemigo irreconciliable de lo relacionado con la producción y el tráfico de drogas. Por otro, dentro de la sociedad boliviana no es para nada difamante haberse enriquecido y ganado en influencia gracias al negocio de las drogas (Waldmann, 2003: 95).

Perú vivió de la tradicional dualidad entre la sierra y la costa, y no fue sino hasta los años sesenta del siglo pasado que el gobierno de Lima se interesó por la colonización del oriente fronterizo con varios países (Brasil, Colombia, Ecuador y Bolivia), con la idea de suplir la insuficiencia de tierras arables en otras regiones del Perú (Labrousse, 1993: 344). Poco a poco, con la apertura de la Carretera Marginal, el interés de los regímenes militares (en particular por la riqueza en materias primas, petróleo incluido) y la afluencia de población campesina andina, la selva peruana perdió su imagen idílica: “la rural e idílica imagen del campesino del río Mayo trocando en su caballo o la del balseiro de Huallaga navegando 20 días para llegar a Iquitos parecen ser hoy imágenes en extinción [...] En sólo dos

décadas la Región Amazónica cambió el rostro como en ninguna época de su historia”, escribía hace ya algún tiempo Martha Guevara (1993: 25-26). Antes, la población peruana se había representado el oriente como una “región extranjera” (Thoumi, 1995: 13). Con casi la mitad del territorio peruano, de dimensiones superiores a las de Francia (Bataillon, Deler y Théry, 1991: 292) y una población escasa (Labrousse, 1993: 352), el estratégico oriente peruano —donde Iquitos sólo había alcanzado cierto desarrollo en el siglo XIX, con la explotación del látex— se convertiría en la plataforma más importante del mundo para el cultivo de coca. Como en Bolivia, el auge de la coca coincidió en Perú con una crisis económica severa y el desmoronamiento del Estado. Desafortunadamente, la información disponible sobre los narcotraficantes peruanos es menor que sobre los bolivianos, y sobre todo colombianos, quienes se encargaban del “enganche” para la producción de coca en la Amazonia peruana. En todo caso, el código de honor caballeresco no estaba ausente entre algunos narcotraficantes peruanos, de lo que da cuenta este testimonio sobre uno de ellos:

a pesar —dice el testimonio en cuestión— de que su participación en el narcotráfico a los ojos de muchos habitantes lo hace aparecer como un peligroso villano, él es generoso y se comporta como un caballero. Ayuda a los pobres y asegura que sus guardaespaldas eliminen o echen a los pequeños delincuentes que ya sea perturben a la comunidad o sean sospechosos de estar en contra de su grupo (Krauthausen y Sarmiento, 1993: 103).

No está de más señalar cómo la región del Alto Huallaga, al terminar el auge de la coca, quedó en el abandono del que alguna vez había tratado de salir: allí donde las ciudades habían crecido vertiginosamente, con una sobrerrepresentación de jóvenes adultos en busca de trabajo, la tierra quedó arruinada por los ciclos cortos de la producción cocalera (de uno a dos años) y sus efectos ecológicos nocivos, la infraestructura descuidada y los centros urbanos repletos de carteles de “se vende” o “se alquila”, mientras la cabecera de Tingo María se convirtió incluso en lugar de atracción turística tropical para la alta burguesía limeña. Entretanto, los cultivos de coca se desplazaron, junto con el crecimiento urbano, hacia otros lugares (Bourliaud, Dollfus y Gondard, 1998).

La geografía de la droga en Colombia resulta más compleja que en Bolivia y en Perú. Los cinco focos de la mafia colombiana (Costa, Antioquia, Valle, zona esmeraldífera o central y zona oriental de Bucaramanga y Cúcuta) se desarrollaron en los años setenta del siglo pasado con la crisis de los cultivos de algodón (costa Atlántica) y del azúcar (Valle del Cauca), la crisis de la industria textil antioqueña, la crisis de la región esmeraldífera (Boyacá) y la del comercio y el contrabando en la región de Bucaramanga-Cúcuta. Desde finales de los años sesenta del siglo pasado, el núcleo de la costa creció en La Guajira, tierra de nadie, con mínima presencia estatal, lugar de paso de indocumentados hacia Venezuela, y que desde la Colonia era región de operación de piratas, aventureros y contrabandistas. En La Guajira existió desde hace largo tiempo una población flotante —muchos con antecedentes penales— dispuesta “a cualquier cosa”, junto con una estructura familiar clánica que incluía la venganza entre sus tradiciones. La Guajira se ganó así la denominación de “Sicilia colombiana” (Betancourt y García 1994: 51); se convirtió con el auge del cultivo de droga (marihuana) en El Dorado que revolucionó por un tiempo la estructura social, cuando “muchos pobres se convirtieron en ricos y a la vez muchos ricos en pobres” (Betancourt y García, 1994: 53). Ofendidos en su “honor” por los nuevos ricos, muchos miembros de la burguesía local optaron por emigrar a Barranquilla, Valledupar o Bogotá, antes que tener que codearse con los flamantes “recién llegados” (Betancourt y García, 1994: 53). El cultivo de marihuana se extendió (hacia César y Magdalena), al igual que los puertos y las pistas clandestinas, y la “bonanza marimbera” terminó en un gigantesco derroche. El “marimbero”, con su indumentaria, reclamó una idiosincrasia regional y nacional con la música vallenata y se apoderó de las galleras, las discotecas, los salones y la calle (Betancourt y García, 1994: 61). La bonanza terminó alrededor de 1980: Colombia pasó a especializarse en la refinación y exportación de cocaína proveniente del Sur. El núcleo antioqueño, caracterizado como “moderno”, estuvo conformado desde el principio por sectores de clase media y baja que aspiraban a ascender, así fuera de modo violento y conflictivo, a una sociedad racista y conservadora (Betancourt y García, 1995: 76), donde las elites tradicionales pregonaban el “culto al dinero”, a la familia (“culto a la madre”) y al “ser alguien” en la “sociedad paisa” (Betancourt y García, 1994: 71). La mafia antioqueña tampoco dejó de reivindicar una idiosincrasia local, con el culto religioso, la música de carrilera, los autos

viejos, los caballos y las grandes mansiones (Betancourt y García, 1994: 71). El núcleo valluno (“sutil y europeizante”), por su parte, igualmente integrado por sectores de clase media y alta, con una inserción menos traumática en la elite local, aprovechó la entrada de coca procedente de Bolivia y Perú por la selva amazónica y la región del Putumayo, “ángulos muertos” de la geografía colombiana con escasa población (Bataillon, Deler y Théry, 1991:257). El núcleo valluno se hizo fuerte mediante la compra y la apropiación de grandes cantidades de tierra, las *vendettas* internas e inclusive la conformación de grupos de ultraderecha dedicados a la “limpieza social” en Cali. Mención especial merece el núcleo central (“arcaico y siciliano”) que encabezara Gonzalo Rodríguez Gacha, “El Mexicano”, de origen popular y que comenzara en el negocio de esmeraldas. Rodríguez Gacha, sin dejar de reivindicar su extracción humilde, acabó —antes de encontrar la muerte— reprimiendo campesinos y grupos de izquierda, invirtiendo en gran cantidad de propiedades territoriales (fincas), empresas agroindustriales, ganaderas, constructoras y equipos de fútbol (Betancourt y García, 1994: 75). Finalmente, el núcleo oriental también quedó integrado por sectores de clase media de los santanderes y migrantes provenientes de otras regiones, como los antioqueños. Si en muchos casos el reciclado del dinero sucio acabó multiplicando en distintas regiones los hoteles, los centros de convenciones, los clubes campestres, los condominios, los centros vacacionales, los gimnasios, las discotecas, los bares y los restaurantes (Betancourt y García, 1994: 129 y 131), en Bucaramanga y Cúcuta desembocó en la construcción de centros comerciales y la proliferación de vehículos costosos.

Estos *booms*, con frecuencia de ciclo corto, no son del todo nuevos en la historia social colombiana: existieron por lo menos desde el siglo XIX, antes de que las bonanzas desembocaran en el abandono. Así sucedió con la economía del caucho (monopolizada por la Casa Arana) que dejó más de 100 000 indígenas muertos y asoló los valles y las riberas de las selvas del Putumayo, Vaupés y Caquetá a principios del siglo XX; con la bonanza del tabaco en Ambalema (que ahora apenas arrastra el recuerdo de sus ferias) en el siglo XIX, o con el más reciente auge cocalero del Vaupés (a partir de 1978), donde los indígenas, en un ambiente de descomposición en sus comunidades (licor, prostitución, armas de fuego, lanchas de motor como símbolo de lujo), terminaron por convertirse en peones en sus anti-guas propiedades territoriales (Tovar Pinzón, 1994: 93-94, 99-101).

ESTADO Y ANOMIA: ALGUNAS HIPÓTESIS SUGERENTES

Hoy, no es infrecuente que se considere que las sociedades del subcontinente fueron, durante la segunda posguerra del siglo xx, profundamente “estatistas”. Si bien es cierto que en ese periodo el Estado creció, no por ello puede renunciarse a la hipótesis de que, en términos generales, el mismo Estado haya sido más bien débil e incapaz de ejercer sus funciones. Aunque en apariencia paradójica, Peter Waldmann propone la hipótesis de un Estado anómico en América Latina y el Caribe: dicho Estado, aunque en el pasado otorgara prebendas y lucrativos encargos para mantener contentos a sus partidarios y acallar a potenciales adversarios, no se constituyó en una garantía de seguridad y de orden público, sino que, por el contrario, sus representantes contribuyeron mediante su comportamiento arbitrario a incrementar la inseguridad y la irregularidad generales (Waldmann, 2003: 185). En esta medida, el Estado no consiguió concitar lealtades duraderas ni establecer normas que regularan la sociedad. Dentro de estos comportamientos probablemente se encuentre un fuerte individualismo, que puede ser grupal en la medida en que

de las ventajas de la solidaridad y la ayuda mutua disfrutaban sólo los que pertenecen al grupo o le son allegados; todos los demás cuentan poco, son en cierto sentido presas de caza libre; engañarlos no daña mucho la reputación del que lo hace, sobre todo si favorece al grupo (Waldmann, 2003: 147).

Es en esa misma perspectiva que, aunque los narcotraficantes puedan ser estudiados como si de empresarios modernos se tratara, siempre llega el momento en que “hermanos, primos, sobrinos y amigos cercanos” hacen del negocio ilegal “un grupo social diferenciable de su entorno por sus vínculos de parentesco y amistad” (Krauthausen y Sarmiento, 1993: 39). Durkheim no veía nada nocivo en el individualismo en sí, pero temía que degenerase en un utilitarismo de estrechas miras que habría de ver en los congéneres únicamente instrumentos para perseguir sus fines (Waldmann, 2003: 155). El individualismo grupal reaparece ahí donde, como en la Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) que describe Waldmann, la riqueza es en realidad la puerta de las “influencias”: el más fuerte, el que lleva ventaja, es el que se impone, porque dispone de más *recursos sociales*; el poder y la riqueza en recursos “se miden no tanto por las cualidades individuales de

una persona sino según criterios de la pertenencia social; es decisivo a qué grupo social pertenece el individuo, cuáles son las redes sociales que lo sustentan” (Waldmann, 2003: 198). El mismo fenómeno se presenta en Colombia, donde “el recurso a la violencia se ha convertido [...] en un modelo usual de comportamiento extendido a las diferentes regiones del país y a todas las capas y grupos sociales” (Waldmann, 2003: 161). “El uso de la violencia en este país —considera Waldmann— es también la expresión de una sociedad que se caracteriza por la competencia general y desconsiderada para ascender en la escala social” (Waldmann, 2003: 173). Finalmente, la violencia deja de ser algo externo y se integra en la estructura y el orden sociales (Waldmann, 2003: 169); en medio de la intimidación y el silencio, y desde luego que de la pérdida del valor de las ideas, ganan la adaptación oportunista, el retiro en la esfera privada y el hábito de “echar pestes” sobre el Estado. En el origen de este comportamiento patológico se encuentra una inveterada lucha por la tierra, en la cual el latifundio juega un papel de primer orden: se remonta a la época colonial, cuando el control de la Corona española se limitaba sobre todo a las tierras altas andinas,

mientras que en los poco accesibles valles fluviales y las laderas de las montañas estaba vigente la ley del más fuerte. Éstos eran, por lo general, los latifundistas, quienes, con títulos de propiedad cuestionables y mediante la coacción física, expulsaban a los campesinos de sus parcelas (Waldmann, 2003: 165).

Mörner ha puesto de relieve, para el conjunto latinoamericano, cómo la encomienda y la hacienda solían ser un medio para adquirir poder y prestigio, y cómo con frecuencia el hacendado, con su mentalidad arcaica, adquiriría tierras no para acrecentar sus ganancias, sino para eliminar rivales y tener el dominio de una región entera, hipótesis sugerida por Chevalier (Mörner, 1975: 24). Poco preocupado por la productividad de sus tierras e interesado en explotar ilimitadamente la fuerza de trabajo del indio, el hacendado solía dividir su tiempo entre el campo y la ciudad: la “socialidad” de los hacendados era predominantemente urbana (Mörner, 1975: 40).

Con las reformas neoliberales, el Estado latinoamericano y caribeño se vio reducido a ciertas funciones fundamentales: el mantenimiento de la seguridad y el suministro de ciertos servicios básicos. Pero el mantenimiento

de la seguridad no dejó de plantear problemas, porque en muchos países del subcontinente estas funciones fueron identificadas a menudo con la arbitrariedad, el abuso de autoridad y la “extorsión controlada”, en la medida en que el Estado no consiguió disciplinar a sus propios miembros y órganos; y porque con la crisis proliferaron las empresas de seguridad privadas, muchas veces al servicio de las castas señoriales y una temerosa clase media. Como ocurriera con frecuencia en el pasado, el Estado, incapaz de ejercer el monopolio de la violencia legítima, no supo socializar ni disciplinar a sus elites: por el contrario, son éstas las que lo instrumentaron para perseguir fines privados (Waldmann, 2003: 18).

¿FORJANDO UNA IDIOSINCRASIA?: EL CASO DE SICILIA

Al igual que en varios países latinoamericanos, en Sicilia, periférica primero en el periodo de la dominación española y borbónica, y luego (a partir de 1860) dentro del Estado italiano, la actividad delictiva llegó a confundirse con un “ser nacional” difícil de desentrañar. Con todo, esa actividad delictiva “recicló” un modo de vida en el cual los grupos con mayor poderío social no tenían el hábito ni el interés de la acumulación productiva, sino que ésta era remplazada por la utilización del excedente para adquirir prestigio, que en el caso siciliano se convirtió en adquisición del “honor”. Es así como Sicilia apenas construyó una “industria bárbara” de “catedrales en el desierto”, incapaz de involucrar al tejido social local, y prefirió con frecuencia la especulación inmobiliaria (Sciascia, 1991: 53).

En Sicilia la relación con el Estado (extranjero o italiano) fue siempre peculiar: la clase política local sólo lo aceptó —con apenas una obediencia formal— mientras sus privilegios le fueran garantizados (Marino, 2003: 41). El Estado sólo dispuso así de una soberanía formal y resultó instrumentado —o, más aún, chantajeado— por los intereses locales (Marino, 2003: 42), que encontraron además el modo de hacer recaer todas las culpas por el atraso y la opresión sobre poderes institucionales ajenos a la “idiosincrasia” siciliana (Marino, 2004: 24-25): los barones y su base mafiosa formaron así la complicidad en el “sicilianismo”. De esta manera, los barones y los poderosos consiguieron regularmente deslegitimar y paralizar, con la “solidaridad en la desconfianza” y el “anarquismo aristocrático”, a cuanto Estado buscara afincarse en la isla (Marino, 2004: 26). Así, para el mafioso,

“elemento avispado del pueblo que había aprendido la lección de los poderosos” y que se encontraba siempre del lado del poder (Marino, 2003: 44), el respeto a la legalidad impuesta por el Estado sólo podía ser prueba de mediocridad en la existencia (Marino, 2004: 31).

Durante la dominación española, los barones sicilianos, que podían disponer libremente de sus tierras (y que preferían endeudarse antes de renunciar a sus posesiones), y a quienes se les evitaba buena parte de sus deberes fiscales, recibían títulos nobiliarios con generosidad desde España (Catanzaro, 1992: 108-110), y eran aficionados al fasto, la riqueza, la fiesta, la “disipación” y hasta la “hospitalidad grandilocuente” (Sciascia, 1991: 91). Para Sciascia, es signo inequívoco de que no hubo en Sicilia una “edad de oro” seguida de la decadencia: “en nuestro país —escribe— la decadencia no es un dato coyuntural sino permanente” (Sciascia, 1991: 90). La sociedad siciliana feudal se basó en el latifundio, aunque también en una representación particular de la relación con la tierra: ésta era más un factor de prestigio social y de poder político que una fuente de riqueza privada, y se consideraba vergonzoso e indigno enajenar las propiedades, aún en caso de miseria por deudas o desventura, pero también ocuparse directamente de las posesiones (el trabajo físico era despreciado): el latifundista siciliano era un propietario ausentista, que tendía a residir en las ciudades (Palermo), con sus rentas, que acudía al feudo sólo de vacaciones, y para quien la acumulación de dinero era menos un signo de distinción que la adquisición de “respeto” (Catanzaro, 1992: 115). La falta de actividad se volvió un criterio de nobleza (Sciascia, 1991: 89).

La amistad instrumental —que comprende las relaciones de compadrazgo y de clientelismo— merece que el análisis se detenga en ella. Esta “amistad instrumental”, como los códigos de honor, fundó ocasionalmente una “ideología sicilianista” que exaltó los rasgos negativos (estigma de pueblos atrasados) y positivos (superioridad moral de los “colonizados” frente a los “colonizadores”, valentía contra las invasiones y dominaciones extranjeras); terminó por convertirse en “un vago estado de ánimo solidario entre los isleños y contra los gobiernos, las ocupaciones y las intervenciones extranjeras, un sentimiento complejo y confuso” (Catanzaro, 1992: 29). Se fundó así una *complicidad* con un personaje, por lo demás prepotente, que era un “hombre de respeto”, “que no tolera las afrentas sufridas y venga, recurriendo a la violencia privada, las ofensas e injusticias recibidas” (Catanzaro, 1992: 24). Este “hombre de respeto” no

se ve a sí mismo cual delincuente: por el contrario, se considera “defensor del orden social”, y ejecutor “de la justicia esencial que las autoridades constituidas no son capaces de garantizar” (Catanzaro, 1992: 58). Curiosamente, en este contexto las leyes habrían de valer contra los enemigos y no para ser observadas por los amigos (Marino, 2003: 39).

En una sociedad en la que la obtención de títulos honoríficos tiene tanta importancia —considera Raimondo Catanzaro—, cualquier pequeño acto se convierte en una gran ofensa, por llevar implícito un significado moral de desafío a la autonomía y a la capacidad de autodefensa del sujeto contra quien se dirige ese acto. Ésta es la causa de esa especial hipersensibilidad que numerosos observadores han atribuido a los sicilianos, a propósito de sus reacciones ante delitos cometidos contra ellos. Cualquier crimen tiende a adquirir la apariencia del desafío, de una ofensa particular y una negación de la capacidad del damnificado para reaccionar (Catanzaro, 1992: 59).

La “amistad instrumental” nunca estuvo exenta de ambivalencias: “en la sociedad siciliana —explica Catanzaro— el intercambio voluntario de favores entre individuos tiene como consecuencia que los dos se califiquen mutuamente de amigos” (Catanzaro, 1992: 98), pero, como lo observa el autor de referencia, el fortalecimiento de los lazos de amistad sobre esta base puede verse con sospecha: la “amistad instrumental”, que puede llegar hasta las “coaliciones de amigos” y la formación de auténticos séquitos liderados por un “padre”, es en realidad precaria y frágil, y no es capaz de eliminar la violencia, que es uno de sus principales elementos reguladores (Catanzaro, 1992: 101). Las figuras de amigo y enemigo pueden volverse fácilmente intercambiables, y se trata en el fondo de una amistad muy particular: “consiste —sostiene Giuseppe Carlo Marino— en la complicidad o en una utilización oportunista de las relaciones interpersonales” (Marino, 2004: 32). Condena a la soledad fuera de la “familia restringida”, desorienta el comportamiento de otros individuos y previene el desarrollo de expectativas estables.

La mafia acabó por invadir todas las esferas de la sociedad siciliana: el rico la utilizó para defenderse del bandolerismo o para conservar su influencia; la clase media colaboró por miedo o por venganza, o para adquirir “una popularidad mal entendida” y riquezas; y el pobre reaccionó de modo mafioso hacia el poseedor, la autoridad pública, o incluso por el aborrecimiento que sentía hacia el trabajo y el empleo (Catanzaro, 1992:

35). Por este camino se enlazaron los ideales del latifundista con los de distintas clases urbanas. Ante la debilidad del Estado, todos habrían de recurrir a un sistema privado de custodia y protección de los bienes (Catanzaro, 1992: 46). Aunque, en una sociedad como la siciliana, cada uno debía tener su lugar asignado de una vez y para siempre en la jerarquía social, existieron formas de movilidad social —entre las clases medias— justamente vinculadas con ciertos oficios y profesiones (como la abogacía), pero también con la actividad mafiosa y la acumulación de riqueza material y “nombre” para la familia:

el enriquecimiento individual y el ascenso social se consideran siempre como algo extraordinario, como el resultado de la capacidad excepcional, por parte de un individuo, para demostrar cualidades nada comunes y afirmarse en el campo de la batalla social [...] la acción violenta coronada de éxito aparece como una especie de poder excepcional (Catanzaro, 1992: 90).

CONCLUSIONES

La “violencia reguladora” del narcotráfico en América Latina, en distintos ámbitos de la vida social, se asoció con una “idiosincrasia nacional” —cantada en ciertos vallenatos y corridos—, algo sumamente grave para la moral colectiva. Pautas de comportamiento vistas generalmente como positivas (ahorro, previsión, interés por el propio futuro, educación...) tendieron a caer en el olvido o a adquirir un carácter superfluo (Blanes y Mansilla, 1996: 67), ante la seducción del dispendio, el fasto y la fiesta. Se fortalecieron de igual modo —sobre un fondo atávico— actitudes inmediatistas, anómicas, oportunistas y éticamente equívocas, en los ámbitos familiares, sociales y políticos (Blanes y Mansilla, 1996: 67). Pero lo más grave seguramente sea que el fenómeno estudiado haya contribuido al mismo tiempo a formas de crecimiento urbano improductivas y estériles, y al desdibujamiento de una cultura campesina sólida de varios siglos en América Latina y el Caribe, pero perdedora en el negocio de la droga (Grimal, 2000: 62-68). En el subcontinente americano, casi convertido —en algunos aspectos y sólo en algunos— en la Sicilia de Estados Unidos, la afirmación de Sciascia seguramente siga guardando toda su pertinencia: existen decadencias —en este caso postcoloniales— que han dejado de ser accidentes de la coyuntura para convertirse en problemas permanentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Bataillon, Claude; Jean Paul Deler; y Hervé Thery. *Amérique Latine*. París: Belin-Reclus, 1991.
- Betancourt, Darío, y Martha L. García. *Historia social de la mafia colombiana (1965-1992)*. Bogotá: Tercer Mundo Eds., 1994.
- . “Colombie: les mafias de la drogue”. *Problèmes d’Amérique Latine* 18 (julio-septiembre, 1995). París: la Documentation Française: 73-82.
- Blanes, José, y H. C. F. Mansilla. “Cinco tesis sobre el trasfondo del complejo coca-cocaína en Bolivia”. *Nueva Sociedad* 142 (marzo-abril, 1996). Caracas: 65-70.
- Bourliaud, Jean; Olivier Dollfus; y Pierre Gondard. “Perou: le Haut-Guallaga, de la coca a l’ abandon”. *Problèmes d’Amérique Latine* 28 (enero-marzo, 1998). París: La Documentation Française: 109-123.
- Boville Luca De Tena, Belén. *La guerra de la cocaína. Drogas, geopolítica y medio ambiente*. Barcelona: Editorial Debate, 2000.
- Campbell, Federico. *Le memoria de Siciascia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Catanzaro, Raimondo. *El delito como empresa. Historia social de la mafia*. Madrid: Taurus, 1992.
- Grimal, Jean-Claude. *Drogue: l’autre mondialisation*. París: Gallimard, 2000.
- Guevara Martínez, Martha. “Región, diversidad y contradictoriedad interregional”. En *Perú contemporáneo. El espejo de las identidades*, compilado por Ricardo Melgar Bao y Ma. Teresa Bosque Lastra. México: UNAM, 1993.
- Krauthausen, Ciro, y Luis Fernando Sarmiento. *Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro*. Bogotá: Tercer Mundo Eds./Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1993.
- Labrousse, Alain. *La droga, el dinero y las armas*. México: Siglo XXI, 1993.
- Marino, Giuseppe Carlo. *Historia de la mafia. Un poder en las sombras*. Madrid: Ediciones B, 2003.
- . *Los padrinos y las nefastas virtudes del puro poder*. Barcelona: Vergara, 2004.

- Mörner, Magnus. “La hacienda hispanoamericana: examen de las investigaciones y debates recientes”. En *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, compilado por Enrique Florescano. México: Siglo XXI, 1975.
- Rodas Morales, Hugo. *Huanchaca. Modelo político empresarial de la cocaína en Bolivia*. La Paz: Plural Editores, 1996.
- Santana, Adalberto. *El narcotráfico en América Latina*. México: CCyDEL-UNAM/Siglo XXI, 2004.
- Sciascia, Leonardo. *Sicilia como metáfora (conversaciones con Marcelle Padovani)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Thoumi, Francisco E. “Pays andins: l'échec des politiques antidrogue”. *Problèmes d'Amérique Latine* 18 (julio-septiembre, 1995). París: La Documentation Française: 3-20.
- Tovar Pinzón, Hermes. “La economía de la coca en América Latina. El paradigma colombiano”. *Nueva Sociedad* 130 (marzo-abril, 1994). Caracas: 86-111.
- Waldmann, Peter. *El Estado anómico. Derecho, seguridad pública y vida cotidiana en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 2003.